

SIGMUND FREUD

Mi Padre



PAIDÓS

Freud Martin

SIGMUND FREUD: MI PADRE

BIBLIOTECA: PSICOLOGÍA DE HOY

1. Muhm Davis: LA SEXUALIDAD EN LA ADOLESCENCIA.
- i. Kart R. B«atn«r y N. C. Hale: GUIA PARA LA FAMILIA DEL ENFERMO MENTAL.
5. MaryM Cbotoy: PSICOANÁLISIS DE LA PROSTITUCIÓN.
4. J. A. M. Meerloo: PSICOLOGÍA DEL PINICO.
5. Bohart Lidner: RELATOS PSICOANALITICOS DE LA VIDA REAL.
- «. Ladwi* Hdelberr: PSICOLOGÍA DE LA VIOLACIÓN.
7. R. Splti: NO Y SI. Sobre la génesis de la comunicación hu-
itéfcert Street: TÉCNICAS SEXUALES MODERNAS.
5. H. F. Tashman: PSICOPATOLOGIA SEXUAL DEL MATRIMONIO.
10. AmciacUn Norteamericana de Estadios sobre la Infancia: GUÍA PARA LA EDUCACIÓN SEXUAL.
11. Ednund Bergler: INFORTUNIO MATRIMONIAL Y DIVORCIO.
12. Alna Freud y Dorothy Bnr-lingham: LA GUERRA Y LOS NIÑOS.
- U. R. Loewenstein: ESTUDIO PSICOANALÍTICO DEL ANTISEMITISMO.
14. Anna Frennd: PSICOANÁLISIS DEL NIÑO.
15. Theodor Reik: TREINTA AÑOS CON FREUD.
16. Frennd, Abraham, Ferened, Klein, Reik, Erikson, Lindner: GRANDES CASOS DEL PSICOANÁLISIS.
17. Theodor Reik: COMO SE LLEGA A SER PSICÓLOGO.
18. Dorothy Walter Barnch: NUEVOS MÉTODOS EN LA EDUCACIÓN SEXUAL.
19. Francés L. He y Lonise Batters Ames: CÓMO PREPARAR UNA FIESTA INFANTIL.
- SO. 3. L. Moreno: PSICOMÚSICA Y SOCIODRAMA.
21. Sasan Isaacs: AÑOS DE INFANCIA.
22. Theodor Reik: CONFESIONES DE UN PSICOANALISTA.
23. Anthony Storr: LAS DESVIACIONES SEXUALES.
24. Theodor Reik: AVENTURAS EN LA INVESTIGACIÓN PSICOANALÍTICA.
26. Bnrin Stengel: PSICOLOGÍA DEL SUICIDIO Y LOS DÍ-TENTOS SUICIDAS.
26. Theodor Reik: PSICOANÁLISIS APLICADO.
27. Theodor Reik: PSICOANÁLISIS DEL CRIMEN.
28. J. Schavelxon, J. Bleecer, L. Bkrer, I. Laehina, M. Lan-ger: PSICOLOGÍA Y CÁNCER.
- Th. M. Frenen, F. Alexander: PSICOLOGÍA Y ASMA BRONQUIAL.
30. R. Sterba: TEORÍA PSICOANALITICA DE LA LIBIDO.
- M. Lamer: APORTE KLEINIANO A LA EVOLUCIÓN INSTINTIVA.
31. R. E. Hall: GUIA PARA LA MUJER EMBARAZADA.
32. H. R. Litehfield y L. H. Dembo: GUIA PARA EL CUIDADO DE SU HIJO.
33. Martin Frennd: SIGMUND FREUD, mi Padre.
- Theodor Reik: EL AMOR VISTO POR UN PSICÓLOGO.
- J. R. Gallagher y H. I. Harris: PROBLEMAS EMOCIONALES DE LOS ADOLESCENTES.
55. Marie Lsnger: FANTASÍAS ETERNAS A LA LUZ DEL PSICOANÁLISIS.
36. J. L. Schulman, J. C. Kas-par, P. M. Barger: EL DIÁLOGO TERAPÉUTICO.
- John Mariano: PSICOTERAPIA DEL DIVORCIO.
- W. McCord y J. McCord: EL PSICOPATIA.
- D. S. Clark: PSQUIATRÍA DE HOY.
- M. D. Vernon: PSICOLOGÍA DE LA PERCEPCIÓN.
- Theodor Reik: DIFERENCIAS EMOCIONALES ENTRE LOS SEXOS.
- Alex Comfort: LA SEXUALIDAD EN LA SOCIEDAD ACTUAL.
- J. L. Moreno: LAS BASES DE LA PSICOTERAPIA.
43. LA PSICOTERAPIA.

*4-

Volumen

33

MARTIN FREUD

**SIGMUND FREUD:
MI PADRE**

EDICIONES HORMÉ S. A. E.

Distribución exclusiva
EDITORIAL PAIDÓS

BUENOS AIRES

Titulo del Original Inglés:

GLORY REFLECTED

Publicado por Angus and Robertson

Traducido por

MÁXIMO SIMINOVICH

©

Copyright de todas las ediciones en castellano por EDICIONES HORMÉ S. A. E.
Juncal 4649 — Buenos Aires Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
IMPRESO EN LA ARGENTINA

INTRODUCCIÓN

por Su Alteza Real la princesa Georgia de Grecia

Viajé a Viena en 1925 para someterme a un análisis con el profesor Freud y en los años siguientes pasé varios meses y semanas en Viena con el mismo propósito. Así tuve oportunidad de trabajar relación con su familia y pude presenciar la armoniosa atmósfera de esa casa hasta que, en 1938, Hitler destruyó tanta felicidad.

A Martin Freud, autor de este libro, lo conozco desde hace treinta años. Hijo mayor de Freud, fue, como lo dice en esta obra, puesto a cargo del *Verlag*, la firma editora que había creado su padre. Con frecuencia lo traté como editor y también en el círculo familiar. Pude apreciar entonces su vivaz personalidad, su humor juvenil, que jamás le dejó, aun en las más difíciles circunstancias, y que no ha afectado el paso del tiempo, como podrá atestiguar el lector de este libro.

Martin evoca en toda su frescura las impresiones infantiles del niño vivaz que fue bajo la vigilancia de su gran padre, sus vacaciones en las montañas, todo impregnado del aroma de las frutillas silvestres y de los grandes hongos (*Herrenpilze*) que a su padre tanto le gustaba descubrir bajo los grandes abetos, en los bosques que tanto quería.

Nos hace ver su crecimiento, cómo eligió su carrera bajo la guía de tal padre —y su obra está salpicada de deliciosas anécdotas, especialmente la del "Astrólogo y Psicoanalista" que abrumó con cartas a su padre. Luciendo una gran barba, con peluca y convenientemente disfrazado, Martin personificó al "Astrólogo y Psicoanalista" y visitó a su padre.

Gozamos con él de experiencias de alpinismo y sufrimos con él accidentes y con él contemplamos varios de los importantes acontecimientos políticos de aquellos tiempos. Combatió en la primera guerra mundial y ganó una bien merecida Cruz Militar como oficial del ejército austríaco. Leemos sobre la invasión austríaca de Polonia, la guerra en Italia, el Armisticio, y sus meses de cautiverio. Nos cuenta de las dos guerras civiles austríacas y finalmente de los terribles días de la invasión de Austria por Hitler, cuando destruyó la paz y el encanto de la Viena que conocí durante tantos años, plena de mirto, música y, para quienes vivían en el ambiente de Freud, de la serenidad de la investigación científica.

La mayoría de los alumnos y colaboradores de Freud, que habían constituido la Sociedad Psicoanalítica Vienesa, se dispersaron, como ya se había separado el grupo de Berlín. Algunos viajaron a los Estados Unidos, otros a Inglaterra, donde en junio de 1938 el mismo Freud se refugió con su familia, bienvenido por todos.

Mientras Ana, la menor de sus hijas, fue la única en seguir los pasos de su padre y se convirtió en una eminente analista, Martin fue para su padre en el exilio, el hijo devoto que siempre había sido, y en cada una de mis visitas a Londres lo encontré en casa de su padre, así como también a su hermano Ernest, el arquitecto, y a Matilde, la hija mayor de Freud.

Supe de la intención de Martin de escribir un libro de sus recuerdos de juventud y de los agitados años siguientes. Me complace ver que realizó su propósito y deseo a los lectores del libro que tengan tanto placer al leerlo como yo, y como Martin mismo tuvo al evocar los recuerdos de un pasado distante pero siempre vivido.

MARIE BONAPARTE

CAPÍTULO I

Comienzo esta historia pocos días después de finalizar las celebraciones del centenario de Sigmund Freud en Londres. Se han pronunciado las últimas conferencias y difundido las emisiones radiales para señalar la ocasión y, asimismo, se han escrito los últimos artículos al respecto. Muchos asistieron para admirar y respetar, algunos para criticar y hubo algunos francamente incrédulos, pero nadie negó que mi padre fue un genio.

En la raza humana no hay muchas personas geniales: cada una es un fenómeno raro. Tener por padre a un genio no es una experiencia común: en consecuencia, como hijo mayor de Sigmund Freud, soy miembro de una pequeña minoría, objeto de cierta curiosidad, pero la sociedad no me considera necesariamente con mucho favor. Pareciera que la sociedad no estuviese preparada a dar estentóneos vítores cuando alguno de nosotros trata de trepar a la fama y la gloria. Personalmente, no me quejo. Nunca tuve ambición de escalar las alturas, aunque, debo admitirlo, he sido muy feliz de estar al abrigo de la gloria reflejada. Sin embargo, creo que si el hijo de un padre grande y famoso quiere llegar a alguna porte en este mundo debe seguir el consejo de la Reina Roja a Alicia —tendrá que duplicar la velocidad de su marcha si no quiere detenerse donde está. El hijo de un genio es sólo eso, y su probabilidad de lograr la aprobación humana por algo que pueda hacer, difícilmente existe si intenta reclamar una fama separada de la de su padre.

Conozco algo de psicoanálisis y creo firmemente en las teorías de mi padre; pero no me siento llamado a explicarlas aquí. El Sigmund Freud sobre el cual escribo no es el celebrado científico en su estudio o en el estrado de conferencias; es mi alegre y generoso padre en el círculo de su familia, en su casa, o errando con sus hijos por los bosques, pescando en un bote de remos en un lago alpino o escalando montañas.

Permítaseme hacer aquí un breve retorno al pasado para decir algo de la infancia de mis padres, de mis abuelos y de mis tíos y tías.

No espero dar muchos datos nuevos acerca de ellos. Cuanto puedo hacer es agregar mis recuerdos personales de quienes desempeñaron papeles en la historia de mi familia.

Mi padre nació el 6 de mayo de 1856 en Freiberg, una muy antigua y pequeña ciudad industrial morava que entonces pertenecía al imperio austrohúngaro. Su madre, Amalia, era la segunda esposa de su padre, Jakob Freud, nacido en 1815, y veinte años menor que él. El resultado era curioso, porque los hijos de Jakob y su primera mujer eran ya crecidos y uno de ellos, Emanuel, estaba casado y era padre. Emanuel era algunos años mayor que su madrastra Amalia y vivía en la vecindad. Mi padre era tío de su primer compañero de juegos, el hijo de Emanuel que tenía un año más que él.

Cuando mi padre tenía unos cuatro años, Jakob Freud, cuya pequeña empresa textil declinaba al igual que la importancia industrial de Freiberg, decidió liquidarla. Con su joven esposa y sus dos hijos, Sigmund y Ana, dejó Moravia y se trasladó a Viena. Emanuel emigró a Inglaterra y triunfó estableciéndose en Manchester en el comercio textil de su padre.

Conocí a Jakob, Amalia y Emanuel. Yo tenía siete años cuando murió mi abuelo y puedo recordarlo claramente, porque era frecuente visitante a nuestro piso en Viena, en Bergasse. Cada miembro de mi familia quería a Jakob y lo trataba con gran respeto. Era alto de espaldas anchas, más o me-

nos de la misma talla que alcancé cuando me desarrollé. Era muy cariñoso con nosotros, los niños. Nos traía pequeños obsequios y acostumbraba a relatarnos cuentos, casi siempre guiñando sus grandes ojos pardos, como si quisiera decir: "¿No es una gran broma lo que hacemos y decimos?"

Cuando murió, en octubre de 1906, mi padre escribió a su amigo, el doctor Flies: "A través de uno de los oscuros senderos que hay tras la conciencia, la muerte de mi padre me ha afectado profundamente. Yo lo apreciaba mucho y lo comprendía muy bien. Con su peculiar mezcla de profunda sabiduría y fantástico iluminismo significaba mucho en mi vida..."

Vi con frecuencia a mi abuela Amalia. Aunque era una anciana cuando yo era niño, la comprendía. Yo era ya adulto cuando murió. Había sido muy bella, pero eso ya había desaparecido desde que la recuerdo. Por un tiempo pareció como si fuese a vivir eternamente, y mi padre estaba aterrado al pensar que ella podría sobrevivirlo y en consecuencia que le informaran de su muerte.

La abuela era de Galitzia oriental, que entonces formaba aún parte del Imperio Austríaco. Era de origen judío y muchos ignorarán que los judíos galitzianos son una raza peculiar, no sólo diferente de las demás razas que habitaban Europa, sino absolutamente diferente de los judíos que habían vivido en Occidente durante algunas generaciones. Los judíos galitzianos tenían poca gracia y carecían de modales y sus mujeres no eran por cierto lo que denominaríamos "damas". Eran muy emotivos y se dejaban dominar fácilmente por sus sentimientos. Pero, aunque en muchos sentidos parecían ser, para la gente más civilizada, bárbaros indómitos, de todas las minorías fueron los únicos que enfrentaron a los nazis. Fueron hombres de la raza de Amalia los que combatieron al ejército alemán en las ruinas de Varsovia; y se puede decir que cuando se oye hablar de judíos que muestran violencia o beligerancia, en vez de humildad y lo que parece débil aceptación de un destino cruel a veces asociado a los pueblos judíos, se puede sospechar con seguridad la presencia de hombres y mujeres de la raza de Amalia.

No es fácil vivir con esta gente, y mi abuela, verdadera representante de su raza, no era una excepción. Tenía gran vitalidad y mucha impaciencia; tenía hambre de vida y un espíritu indomable. Nadie envidiaba la tía Dolfi, cuyo destino era dedicar su vida al cuidado de una madre anciana que era un huracán. En cierta oportunidad tía Dolfi llevó a Amalia a comprar un sombrero nuevo, y quizá no tuvo la prudencia de recomendarle lo que le parecía "adecuado". Al estudiar cuidadosamente su imagen coronada por el sombrero, que aceptó probarse, Amalia, que tenía más de noventa años, exclamó finalmente: "No llevaré éste; me envejece". Eran ocasiones memorables las reuniones familiares en el piso de Amalia. Se realizaban en Navidad y vísperas de Año Nuevo, porque Amalia ignoraba las fiestas judías. La comida revelaba opulencia: generalmente nos servían ganso asado, frutas brillantadas, tortas y ponche, éste diluido para nosotros, los niños. Cuando yo era joven mi tío Alejandro aún era soltero y se encargaba de animar las reuniones. Era el corazón y el alma de estas fiestas. Preparaba juegos que se jugaban en orden, y en cada ocasión se recitaban poemas escritos que eran muy aplaudidos.

Pero siempre, a medida que caía el atardecer, todos percibían un ambiente de creciente crisis, mientras Amalia tornábase inquieta y ansiosa. Hay gente que cuando está inquieta y perturbada, oculta tales sentimientos porque no quiere afectar la paz de quienes los rodean; pero Amalia no era de esas. Mi padre siempre asistía a esas reuniones —no sé que haya faltado alguna vez— pero su jornada era larga y siempre llegaba más tarde que los demás. Amalia lo sabía o quizá era una realidad que no podía aceptar. Pronto se la veía corriendo ansiosa hacia la puerta y al rellano para mirar escaleras abajo. ¿Venía? ¿Dónde estaba? ¿No se hacía muy tarde? Este ir y venir podía sucederse durante una hora, pero se sabía que cualquier intento de detenerla causaría un estallido de cólera que era mejor evitar haciéndose el distraído. Y mi padre siempre llegaba a su hora, pero nunca cuando Amalia lo aguardaba en el rellano de la escalera.

Recuerdo a mi tío Emanuel, el hermanastro de mi padre, como un anciano. Nació en 1832 y era setenta y cinco años mayor que yo. Como dije, emigró a Inglaterra, a Manchester, donde se estableció en el comercio textil. Pero hay algo particular. Tío Emanuel, como hijo de Jakob Freud, el pe-

queño comerciante textil que no había tenido éxito en Freiberg, Moravia, no tenía importancia social ni de otra clase cuando llegó a Manchester. Pero en 1913, cuando viajé desde Viena para pasar con él unas cortas vacaciones, lo encontré viviendo en una casa grande y cómoda en Southport. Esto podía parecer bastante natural en un hombre que hubiera hecho fortuna mediante el arduo trabajo y su capacidad, pero lo que me sorprendió desde entonces, después de vivir en Inglaterra durante dieciocho años y de tratar con ingleses en muchas actividades, es el hecho de que tío Emanuel se había convertido en todos sus detalles en un digno caballero inglés. Aunque me recibieron en muchos hogares ingleses, nunca encontré una casa que pareciese tan típicamente inglesa como la de tío Emmanuel en Southport; y esto se aplica a su vestir, sus maneras y su hospitalidad. No soy inglés de nacimiento, y los años más importantes de mi vida los pasé en Austria y en consecuencia difícilmente podía haber aspectos de la conducta de tío Emanuel y su familia que traicionasen al europeo del centro que escapasen a mi atención. Mi impresión de la metamorfosis de tío Emanuel se completó cuando teniendo alrededor de ochenta años se retiró de los negocios y los dejó a cargo de su hijo Sam.

Recuerdo también algo anterior de tío Emanuel. Durante mi juventud en Viena, sintiendo mucho afecto por su hermanastro (mi padre), tío Emanuel venía a vernos a veces; lo recuerdo por los obsequios que nos compraba. Le gustaba gastar dinero pero detestaba derrocharlo. En consecuencia la selección de los presentes era siempre una oportunidad grande y muy metódica en la cual el costo del obsequio tenía mucho menos importancia que su uso o su valor como entretenimiento. Me quería mucho porque era el hijo mayor de su amado hermano, pero no era fácil vivir con él. Mi padre permitía a sus hijos seguir sus propias ideas para divertirse sin la interferencia paterna, pero no pasaba lo mismo con tío Emanuel. Recuerdo que una vez en Southport quise salir en un bote de remos y mi tío decidió que fuese en calesita, cosa que me disgustaba. Como resultado de la larga discusión no fui en ninguno de los dos.

Y finalmente, algo acerca de los antepasados de mi madre. Venía de una familia de intelectuales. Dos tíos suyos eran conocidos hombres de letras y su abuelo había sido el Gran Rabino de Hamburgo, personaje que logró importancia histórica entre los judíos de esa ciudad, donde era conocido como *cochem*, el sabio. Su retrato —tengo una copia del aguafuerte— muestra un definido rostro de filósofo. Nacida en Hamburgo, mi madre llegó a temprana edad a Viena con sus padres y su hermana Minna.

La abuela Emelina era un personaje mucho menos vital que Amalia, pero para nosotros también era importante y la recuerdo bastante bien. Era judía ortodoxa, profesante, que odiaba y despreciaba a la alegre Viena. Fiel a las severas normas de la ley judía ortodoxa, usaba *Scheitel*, lo que significaba que al casarse había sacrificado su cabello y su cabeza estaba cubierta con dos apretadas trenzas postizas. Permanecía con nosotros a veces y los sábados la oíamos entonar plegarias judías con una vocecita firme y melodiosa. Todo esto, bastante común en una familia judía, nos parecía extraño a los niños criados sin ninguna enseñanza del rito judío.

Pero aunque abuela Emelina parecía suave, débil y angelicalmente dulce, estaba siempre resuelta a salirse con la suya. Recuerdo cuando estábamos todos en un paseo familiar y nos sorprendió una terrible tormenta. "Los ancianos y los niños primero", nuestros padres ubicaron a la abuela y un buen hato de niños en el único carruaje disponible y nos enviaron a casa. Como iba tirado por un solo caballo y era un carruaje muy pequeño, íbamos como sardinas en lata, y como las ventanillas estaban cerradas el ambiente se hizo pronto muy pesado y casi sofocante. Los niños queríamos abrir las ventanillas; la abuela las mantuvo cerradas por la lluvia y en seguida se inició una batalla entre un puñado de fuertes rapaces y una frágil anciana. Los pequeños no fueron obstáculo para la dama y las ventanillas siguieron cerradas. Fue un milagro que todos siguiésemos con vida cuando el carruaje llegó a casa.

Deseo completar la historia familiar de los siete hijos de mi abuelo Jakob y de mi abuela Amalia. Ana, de carácter alegre y feliz, una verdadera vienesa, se casó con el hermano de mi madre, Eli Bernays, y murió en Nueva York a los noventa y siete años, en paz y rodeada de sus adorados hijos. Las otras cuatro niñas fueron menos afortunadas.

Rosa, la siguiente, se casó con un destacado abogado de Viena y vivió un tiempo en un departamento en el mismo piso que ocupábamos en Bergasse 19. Era la hermana favorita de mi padre, y se hacía querer por su gran encanto, mucha gracia y dignidad. La gente la comparaba con la famosa actriz Eleonora Duse. Me parece que recién a los setenta años se le cayó el primer diente. Cuando viuda, ya de sesenta cumplidos, aún podía provocar el amor de los jóvenes, de lo cual estaba muy orgullosa, y no guardaba discreción alguna al respecto. Pero se vio rodeada por las sombras cuando perdió a sus hijos supradotados y cuando, para hacer más enfática su soledad, ensordecíó totalmente. Finalmente, fue asesinada por los nazis, probablemente en Auschwitz.

Ésta es una breve frase a la cual la historia del hombre europeo, durante los últimos dieciséis años, ha dado el carácter de lugar común; pero implica un mundo de degradación, una sórdida irrealidad de la dura realidad. *Finalmente, fue asesinada por los nazis, probablemente en Auschwitz.* Uno se imagina la incomodidad física entre los olores y la dieta de inanición, hasta que se crea en la mente de una anciana acostumbrada a las comodidades normales algo más allá de la indignación, una muerte viviente en el insomnio, que va lenta pero misericordiosamente al sueño eterno. El tiempo ha suavizado el impacto de estos crueles acontecimientos, ¿pero osaremos olvidar que los seres humanos pudieron hacer eso a una anciana y a muchos otros miles de ancianas?

Esto me hace recordar en especial a la hermana menor de mi padre, Dolfi, que como ya dije dedicó su vida a cuidar de Amalia, su madre. No era astuta ni se destacaba y podría decirse que la constante atención de Amalia había suprimido su personalidad reduciéndola a un estado de dependencia del que nunca se recuperó. Fue la única de las hermanas de mi padre que no se casó. Tal vez esto la hizo un tanto rara y susceptible a las impresiones o pronósticos de futuros desastres que nosotros considerábamos ridículos y hasta un poco tontos. Recuerdo que un día paseaba con ella en Viena cuando pasamos junto a un hombre vulgar, probablemente un gentil, que no había reparado en nosotros. Atribuyo a una fobia patológica o a la estupidez de Dolfi que me aferrase el brazo, aterrorizada, y susurrase: "¿Oíste lo que dijo ese hombre? Me trató de sucia yapestosa judía y dijo que era tiempo de que nos maten a todos".

Por entonces la mayoría de mis amigos eran gentiles y me sentía perfectamente feliz y seguro con ellos. Parece raro que mientras ninguno de nosotros —profesores, abogados y gente educada— tenía idea de la tragedia que destruiría a los hijos de la raza judía, una solterona encantadora pero más bien tonta previó o pareció prever ese futuro. Dolfi murió de inanición en el ghetto judío de Theresienstadt. Las otras tres hermanas fueron muertas muy probablemente en Auschwitz. Así fue como cuatro hermanas de mi padre sufrieron horriblemente en sus últimos días.

Alejandro era diez años menor que mi padre y para él no había dinero que pagase una educación universitaria. A una edad relativamente temprana tuvo que abandonar sus estudios para ganarse la vida, pero aun sin un título universitario y con las consiguientes desventajas, llegó lejos. Fue el principal experto austriaco en transportes. Era el asesor de la Cámara de Comercio de Viena y profesor de varias academias. Finalmente lo designaron consejero (*Kaiserlicher Rat*). El gobierno aprobó sus proyectos sobre los problemas de transporte durante la primera guerra mundial.

Siendo hermanos, mi padre y Alejandro no pudieron haber sido más distintos en su punto de vista de la vida, pero siempre fueron buenos amigos. En contraste con Sigmund, Alejandro era muy aficionado a la música; podía silbar perfectamente toda una opera. Además, era un excelente narrador de cuentos y podía imitar el acento de los personajes de sus relatos. Algunos podían ser austriacos comunes, otros eran judíos de distantes lugares del imperio, otros extranjeros que hablaban nuestro idioma con más cuidado que facilidad, pero sin embargo lo hablaban y tío Alejandro captaba su acento. Venía con frecuencia a Bergasse y antes de ser padre pasó muchos domingos con los hijos de su hermano.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

